



INGENIERÍA
FINANCIERA,



MANIPULACIÓN
de PERSONAS



y el AUGÉ *de la*
EXTREMA
DERECHA



en el SENO
de la IGLESIA
CATÓLICA

—

GARETH
GORE



P

U

S

INGENIERÍA
FINANCIERA,

MANIPULACIÓN
de PERSONAS

y el AUGE *de la*
EXTREMA
DERECHA

en el SENO
de la IGLESIA
CATÓLICA

—

GARETH
GORE

Traducción castellana de
Efrén del Valle

La Sindicatura

Madrid, junio de 2004

La mañana del 24 de junio de 2004, un grupo de empresarios con semblante serio se reunió en el sótano de la sede del Banco Popular, en el centro de Madrid, para aprobar formalmente las cuentas del ejercicio anterior. La junta anual de accionistas era un acontecimiento tedioso pero inmutable en el calendario empresarial, un requisito legal que debía dar a las decenas de miles de inversores que poseían acciones del banco la oportunidad de hacer preguntas, plantear inquietudes y, en general, pedir cuentas a los hombres que dirigían el Popular.¹ Durante años, solo se habían cumplido de boquilla esos requisitos, optando en su lugar por celebrar la reunión a puerta cerrada en la sala de juntas de la séptima planta, donde los responsables aprobaban las cuentas sin debate alguno.² Durante años, los reguladores habían hecho la vista gorda, pero recientemente habían empezado a hacer preguntas y aplicar las normas de manera más estricta. Las medidas reflejaban una revolución más amplia que se extendía por toda la sociedad española tras el 11-M, que había tenido lugar tres meses antes, cuando —en un cínico intento de mantenerse en el poder— el Gobierno del Partido Popular habían mentido al país sobre una serie de atentados que habían matado a 193 personas en varios trenes madrileños solo unos días antes de las elecciones generales, culpando de la atrocidad a los terroristas vascos en lugar de los islamistas que protestaban por el papel de España en la guerra de Irak. El tiro les había salido por la culata y les hizo perder unas elecciones que estaban a punto de ganar, además de desatar una ira generalizada contra la élite corrupta. Con José Luis Rodríguez Zapatero, el nuevo presidente socialis-

ta, que prometía una sociedad basada en la transparencia, los hombres allí reunidos temían lo que pudiera significar la inminente revolución para ellos y para el secreto que el Banco Popular había mantenido oculto durante más de cincuenta años.

El cambio de paisaje no podía llegar en peor momento. Luis Valls-Taberner, presidente y cabeza visible del Popular desde finales de los años cincuenta, llevaba meses sin aparecer en público. Don Luis, como respetuosamente lo llamaban todos en el banco, había cumplido setenta y ocho años unas semanas antes. Aunque no le gustaban los cumpleaños —prefería felicitar a la gente el día de su santo y no por el aniversario de su nacimiento—, los últimos habían sido fatídicos indicadores del deterioro gradual de su estado de salud.³ El presidente había pasado su septuagésimo sexto cumpleaños recuperándose de una intervención quirúrgica de urgencia en el estómago y el septuagésimo séptimo, preparándose para otra intervención en la que se le extirpó un tumor encima del ojo izquierdo. Los años empezaban a pasarle factura: más recientemente, sus movimientos se habían vuelto cada vez más lentos y torpes, y había empezado a sufrir mareos y visión borrosa, síntomas de la enfermedad de Parkinson en estado avanzado.⁴ Pero, en lugar de dimitir o nombrar un sucesor, don Luis había optado por quedarse y ocultar su maltrecha salud. Aunque seguía acudiendo a su despacho religiosamente —llegaba a las nueve de la mañana, a menudo con una barba incipiente, pues prefería afeitarse en la oficina para poder pasar más tiempo en casa leyendo la Biblia—, don Luis seguía brillando por su ausencia.⁵ En años anteriores, era frecuente ver al presidente por el edificio, parándose a charlar con los empleados de a pie, llamándolos por su nombre de pila o preocupándose de recordar pequeños detalles sobre la comunión de un niño, un familiar enfermo o los apuros de su equipo de fútbol favorito, al tiempo que recababa información sobre el banco, qué departamentos estaban trabajando duro, qué requería atención o quién estaba holgazaneando.⁶ Ahora esos paseos habían cesado casi por completo.⁷

Aquella farsa se prolongó varios meses. Pero no hacía mucho habían empezado a ocurrir cosas que amenazaban con transformar el problema relativamente benigno de la existencia hermética del

presidente en una crisis más grande. La primera señal de que algo iba mal se produjo a finales de 2003 cuando, justo una semana antes de Navidad, once miembros del consejo fueron despedidos de manera fulminante.⁸ El banco intentó hacer creer que los ceses obedecían a una reducción del número de miembros del consejo planeada desde hacía tiempo. Sin embargo, unas semanas más tarde, uno de los mayores accionistas del banco anunció de forma inesperada que vendía la totalidad de su participación, de unos 340 millones de euros.⁹ La noticia fue una gran sorpresa, sobre todo porque el inversor acababa de comprar la participación y lo había hecho a bombo y platillo, anunciando la compra como el comienzo de una nueva alianza que prometía un futuro apasionante para ambas partes.¹⁰ Es comprensible que un cambio tan brusco suscitara intensas especulaciones. ¿El inversor había decidido vender después de ver lo que ocurría realmente a puerta cerrada? ¿Había llegado a la conclusión de que don Luis no era apto para dirigir el banco? La liquidación también arrojó una luz diferente sobre el despido masivo de más de un tercio del consejo unos meses antes. Ahora se hablaba de un golpe fallido contra el presidente, que se negaba a retirarse y atender a razones. ¿Estaba un anciano confundido al frente de uno de los mayores bancos de España? ¿Por qué se le permitía seguir? ¿Por qué el resto del consejo no había hecho nada para remediar la situación?

A lo largo de la primavera, las especulaciones sobre la idoneidad de don Luis para seguir en su puesto habían restado más de mil millones de euros al valor del Popular.¹¹ En la banca —un negocio basado en infundir confianza a los clientes y convencerlos de que su dinero está a salvo— la incertidumbre puede ser muy peligrosa. Por un lado, el bajo precio de las acciones de la entidad podía convertirla en un blanco fácil y abrirla a una adquisición hostil por parte de un rival más grande o un fondo buitres. Dada la necesidad de mantener a raya al beneficiario secreto del banco, ese escenario era claramente inaceptable. Y lo que era aún más preocupante: si la confianza de los inversores seguía evaporándose y se extendía a los cinco millones de clientes del banco, el Popular podía enfrentarse muy rápidamente a una crisis importante. En tal situación, no debía descartarse un pánico bancario.

El cohesionado equipo que rodeaba al presidente ideó un plan para acallar los rumores y proyectar una imagen de normalidad y de apoyo firme de los miembros del consejo a don Luis.¹² Teniendo en cuenta los nuevos requisitos para celebrar una reunión real de accionistas, en lugar del encuentro a puerta cerrada de los miembros del consejo en la séptima planta, los directivos del banco decidieron matar dos pájaros de un tiro: hacer que el presidente pronunciara un discurso en la reunión anual, que podría ser grabado y distribuido a los medios de comunicación. La reunión ya estaba marcada en el calendario, por lo que no había necesidad de inventarse un pretexto para la súbita aparición del presidente después de tantos meses. De hecho, reforzaba muy bien el mensaje que intentaban transmitir: que todo continuaba igual. Habida cuenta de lo que estaba en juego, el equipo también decidió tomar algunas precauciones. El discurso de don Luis fue lo más breve posible y se lo imprimieron en letra grande y a doble espacio para ayudar a su visión borrosa.¹³

Aquella mañana habían celebrado un ensayo en el auditorio a modo de preparación. Vestido elegantemente con un traje de lana oscura, camisa blanca y corbata azul estampada, don Luis había pronunciado el discurso sin ningún problema, para gran alivio de todos los presentes.¹⁴ La lista de invitados también se había reducido al mínimo. Aunque la reunión se había trasladado de la sala de juntas al auditorio, situado en el sótano, el elenco de asistentes era prácticamente el mismo de siempre. En una clara violación de todas las normas, habían mantenido alejados a los accionistas más pequeños, es decir, los que podían montar una escena o hacer preguntas difíciles.¹⁵ La sala estaba a menos de una cuarta parte de su capacidad: solo había veinte¹⁶ de los más de setenta mil accionistas.¹⁷ El auditorio era un mar de caras amigas, hombres elegidos para el consejo por el propio don Luis a lo largo de los años precisamente por su discreción y su disposición a hacer la vista gorda ante el gran secreto del banco.

No obstante, todas esas precauciones serían en vano: la reunión fue un desastre desde el principio. Al subir al escenario, don Luis tropezó en las escaleras y cayó.¹⁸ Parecía un poco agitado, puede que avergonzado, pero estaba bien. Le ayudaron a sentarse. Du-

rante un rato se hizo el silencio, tanto en el escenario como entre el público. Nadie sabía qué decir.

El primero en romper el mutismo fue Ángel Ron, sentado inmediatamente a la derecha de don Luis.¹⁹ Ron, un gallego corpulento de cejas espesas y pobladas, barbilla hendida y sonrisa pícara, era el director general del banco, el hombre al mando del día a día. A pesar de la diferencia de edad, ambos mantenían una excelente relación. Ron era una de las pocas personas del Popular que seguía viendo a don Luis con regularidad y almorzaban un par de veces por semana. Ron sentía debilidad por su jefe, que lo había elegido para hacer grandes cosas desde muy joven, y a lo largo de los años le había confiado algunos de los asuntos más difíciles y delicados del banco como una prueba de su competencia y discreción. Ron la había superado con éxito y, dos años antes, había sido nombrado director general con tan solo treinta y nueve años.

—Empieza..., lo tenemos aquí en el guion —dijo Ron atentamente, señalando las enormes palabras del texto preparado para don Luis—. Empieza dando la bienvenida.²⁰

—Sí, dando la bienvenida —terció una voz amable desde el otro lado.

Era Francisco Aparicio, conocido por todos como Paco. Aparicio se había incorporado al consejo del banco a finales del año anterior.²¹ Paco, un hombre delgado, de nariz prominente y ojos pequeños y penetrantes, era abogado de profesión, aunque su especialidad era un misterio. En el circuito judicial no era muy conocido. Parecía dedicar la mayor parte de su tiempo a trabajar para enigmáticas fundaciones benéficas. No tenía experiencia en dirigir un banco, pero, por alguna razón, don Luis había decidido nombrarlo no solo secretario del consejo, sino también secretario del comité ejecutivo, ambas funciones críticas en el día a día del banco. Tal vez percibiendo la sorpresa entre quienes lo rodeaban, don Luis había pedido a la gente que tratara a Aparicio como a uno de los suyos.²² No fue difícil: ayudado por su cautivadora simpatía y su sonrisa contagiosa, Paco se había convertido rápidamente en una figura popular.

Aun así, planeaba cierto misterio sobre el nuevo secretario del consejo. Era un secreto a voces que Luis y Paco vivían juntos. Nin-

guno de los dos hablaba abiertamente de su vida fuera del banco, pero se sabía que ambos eran miembros del Opus Dei, una rama ultraconservadora y hermética de la Iglesia católica, y que vivían en una logia exclusivamente masculina del movimiento situada al norte de Madrid. Allí llevaban una existencia oculta ligada a los votos de celibato, pobreza y obediencia, y debían seguir un horario estricto de misas, rituales y silencios.²³ El nombramiento de Paco como secretario del consejo había sido una jugada arriesgada: durante décadas, en los círculos madrileños el Popular había sido calificado como el «banco del Opus Dei», debido a la adscripción religiosa de su presidente. Don Luis solía mofarse de tales acusaciones, señalando a los muchos miles de empleados de la entidad que no tenían nada que ver con el movimiento religioso. Para contrarrestar los rumores, incluso había prohibido a los pocos miembros del Opus Dei que trabajaban allí que se saludaran a la manera tradicional: en latín; una persona decía *Pax* (paz) y la otra respondía *in aeternum* (por toda la eternidad).²⁴ Aun así, era difícil zafarse de aquella reputación y, hasta cierto punto, se había interiorizado. Los responsables del comedor habían dejado de servir carne los viernes de Cuaresma, no porque nadie se lo hubiera pedido, sino porque pensaban que podía molestar al Opus Dei.²⁵ Si el personal no estaba seguro de quién estaba al mando, no era de extrañar que la rumorología madrileña se llenara de especulaciones sobre los vínculos entre el Popular y el movimiento religioso. El nombramiento de Paco corría el riesgo de alimentar esas habladurías. Sin embargo, dada la urgencia de un traspaso de poderes sin fisuras, esa óptica ya no era tan importante.

Luis cogió el guion que tenía delante, levantó la mano izquierda para colocarse las gafas y empezó a leer mentalmente las primeras líneas de su discurso. Luego hizo una señal a Ron para que encendiera el micrófono: estaba listo para empezar.

—Muy buenas tardes —dijo.

No era un buen comienzo; todavía era por la mañana.²⁶ Por suerte, la mayor parte del público no había oído nada porque don Luis había agarrado el micrófono justo cuando empezaba a hablar, provocando una ensordecedora erupción de interferencias que inundó la sala. Los allí reunidos se llevaron las manos a los oídos.

En un claro estado de nerviosismo, Paco y Ron cogieron el micrófono, lo acercaron al presidente y lo colocaron sobre unos documentos que tenía delante. El movimiento del equipo reverberó en una serie de chasquidos que resonaron por toda la sala.

—¿Se oye seguro? —dijo don Luis—. ¿Y ahora? —Una breve pausa—. Bienvenidos a la Junta —dijo por fin Luis. Después sonrió, hizo otra pausa y miró lentamente alrededor de la sala antes de volver la vista al guion que le habían dicho que siguiera—. Desde hace muchos años, nos reunimos la última semana de junio...

El presidente arrastraba claramente las palabras.

Los presentes en el auditorio se miraban nerviosos unos a otros.

—No solo nos reunimos, no solo para, no solo para cumplir con la ley, sino también para tener puntualmente informada a la sociedad civil, como venimos haciendo a lo largo de todo el año, para que pueda aprobar, censurar o abstenerse acerca de la gestión social del banco.

Sus palabras eran lentas, casi dolorosas, y cada pocos segundos hacía un extraño movimiento lateral con la mandíbula. Paco, sentado a su izquierda y obviamente incómodo por lo que estaba ocurriendo, se quitó las gafas y miró a don Luis, dispuesto a intervenir. Conocía la fragilidad de la salud del presidente. En su residencia se habían realizado varias modificaciones para hacer frente a sus dificultades: habían instalado un ascensor y, tras algunas caídas recientes, habían cubierto el ladrillo visto de la escalera con un grueso acolchado para mayor seguridad.²⁷

—Si en enero se presentaron las cuentas de año anterior —prosiguió Luis— y durante cinco meses se han analizado y discutido, ahora en junio, con los deberes hechos —miró por encima de las gafas—, hay pocos asuntos [...] —una larga pausa— para debatir.

Al parecer, Luis percibió el malestar que reinaba en la sala y hojeó el guion con nerviosismo.

—Como son párrafos cortos, hago pausas para distinguir unos temas de otros —apostilló como extraña explicación a su dificultad para terminar la frase anterior.

Entre los hombres reunidos en el auditorio, la vergüenza era palpable. Aunque ninguno se hacía ilusiones de que parte de la junta anual se dedicara a pedir cuentas a la dirección, si se corría la voz,

su complicidad en aquella farsa podía ser perjudicial. Eran vástagos de la industria, grandes abogados, la *crème de la crème* de la élite económica española, y tenían reputaciones en las que pensar. Pero también formaban parte de lo que don Luis solía llamar su «núcleo duro», integrado por aliados firmes e inquebrantables con los que se podía contar para proteger los intereses del banco y el poder real que había detrás de él.²⁸

Aunque el presidente permitía —alentaba, según algunos— que el Popular fuera descrito en los medios de comunicación como el banco de los hermanos Valls-Taberner, en realidad él y su hermano Javier tenían pocas acciones. A la entidad también le gustaba ensalzar una participación del 9 % propiedad de Allianz, el gigante alemán de los seguros, que había comprado el banco en los años ochenta. Aun así, nadie mencionaba el verdadero poder que había detrás del Popular. Su mayor accionista en realidad era una misteriosa alianza de inversores no identificados y conocidos colectivamente como la Sindicatura.²⁹ Varios estratos de empresas —todas registradas en la misma dirección que el banco y todas dirigidas por la misma lista de hombres enigmáticos y sin rostro— hacían difícil averiguar quién era exactamente el propietario final, el beneficiario último de esa enorme participación. En los últimos años, esa participación había generado cientos de millones de euros solo en dividendos. Rastreando el flujo de dinero a través de las diversas capas de empresas, parecía que los beneficiarios eran fundaciones caritativas con un elemento en común: sus vínculos con el Opus Dei.

Sin embargo, después de cincuenta años, ese plan corría peligro. En el seno del Popular se estaba librando una encarnizada lucha de poder que amenazaba con sacar a la luz —y posiblemente cortar de raíz— el flujo constante de fondos al Opus Dei. El lento deterioro de la salud de don Luis había despertado las ambiciones, largo tiempo dormidas, de algunos de los más altos directivos del banco. Solo en los dos últimos años había sido testigo de intentos de rebelión por parte de dos de sus lugartenientes más cercanos. Ahora que don Luis estaba envejeciendo, aislado en su despacho y apartado de la política del banco, habían hecho su jugada. Los miembros del consejo empezaban a pensar en la sucesión, en quién

—y qué— podría ser el siguiente, y aparecieron fisuras en el tejido del consejo. Esas brechas entrañaban el riesgo de erosionar el poder de la Sindicatura e interrumpir el trasvase de dinero al Opus Dei.

Mientras don Luis proseguía su discurso, se refirió a la delicada cuestión de la sucesión, que se cernía amenazadoramente sobre la sala.

—Debemos procurar que no se dañe la obligada unidad de dirección en la empresa. En una empresa... —dijo— los criterios...

Una vez más, la sala se llenó de ruidos eléctricos. Don Luis había golpeado el micrófono al pasar una página. Al cabo de unos segundos, el estruendo cesó. La sala esperó a que reanudara su discurso. Y esperó. Y esperó. En el escenario, el presidente pasó a la página anterior y volvió a la siguiente. Parecía perdido. A ambos lados, Ron y Paco se volvieron hacia él con una mirada de ansiedad.

—Los criterios...

Don Luis intentó continuar, pero volvió a desubicarse. Miraba sin comprender el guion que tenía delante y movía nerviosamente la mandíbula de un lado a otro. Paco se acercó a él y le señaló dónde estaba. Tras unos segundos de silencio incómodo, el presidente empezó a hablar de nuevo, pero volvió a perderse. Estaba claro que tenía dificultades. Cada palabra parecía un verdadero esfuerzo. Lo que pretendía ser una afirmación de poder, una demostración de unidad, estaba degenerando rápidamente en una farsa. Su autoridad se desvanecía. Era obvio que don Luis se estaba convirtiendo en un lastre para los presentes, para el banco y para el Opus Dei.

Don Luis se fue a casa a primera hora de la tarde, tras haberse ausentado del largo almuerzo para los miembros del consejo de administración que tradicionalmente seguía a la junta general anual. Desde la sede del Popular, en el centro de Madrid, había veinte minutos en coche hasta Mirasierra, un barrio de lujo situado en la periferia norte de la ciudad, donde compartía residencia con una docena de hombres que, igual que él, vivían como miembros numerarios del Opus Dei. Ubicado en una esquina en la que confluyen dos calles tranquilas, el moderno complejo residencial de ladrillo rojo parecía corriente, sin pretensiones.³⁰ Quizá el único rasgo distintivo era su tamaño: la casa era la más grande del barrio. A la

izquierda, detrás de una valla, había una piscina de doce metros de largo, una pista de tenis y otra de pádel donde los hombres que vivían en la residencia podían desahogarse.

Los numerarios eran el cuerpo de élite del Opus Dei. Mientras que la inmensa mayoría de los miembros —los supernumerarios— llevaban una vida aparentemente ordinaria, viviendo en un hogar familiar corriente con su esposa e hijos, un grupo selecto al que pertenecía don Luis había decidido consagrar su vida entera al Opus Dei, y había hecho votos de pobreza, castidad y obediencia al movimiento.³¹ La residencia estaba dividida en dos partes: el edificio principal, donde vivían los numerarios varones, y un edificio más pequeño donde tenían sus habitaciones las numerarias auxiliares —las mujeres que cocinaban y limpiaban para los hombres—, con su entrada independiente a la vuelta de la esquina, junto a la basura. Las dos construcciones estaban conectadas por un doble juego de puertas interiores, cada una con una cerradura diferente. El director de la residencia masculina tenía una llave para abrir una puerta, mientras que la directora encargada de las numerarias auxiliares tenía la llave de la otra.³² Era un sistema infalible diseñado para crear un sello hermético entre las dos residencias. La mezcla de sexos estaba estrictamente prohibida.³³ Aunque ocupaban el mismo edificio, el fundador había dejado instrucciones específicas para que vivieran como si estuviesen a varios kilómetros de distancia. Las puertas se abrían a horas determinadas para que las mujeres sirvieran la cena o limpiaran, y luego se cerraban con llave toda la noche. Durante la limpieza diaria de la residencia masculina, los hombres no solo debían desalojar sus habitaciones, sino toda la planta de la casa para evitar encuentros accidentales.³⁴ Ni siquiera se permitía el contacto físico entre el director y la directora. Cualquier conversación para coordinar las comidas o la limpieza debía mantenerse a través de un sistema telefónico interno.³⁵ Ni siquiera entonces les estaba permitido utilizar el nombre del otro.³⁶ Para asuntos más complicados, se permitía pasar una nota por debajo de la puerta, aunque tenía que estar mecanografiada y sin firmar como medida de seguridad para evitar que se formaran vínculos personales, por ejemplo, ver el nombre o la letra de la otra persona.³⁷

El coche se detuvo en el garaje de la residencia y Luis subió en el ascensor hasta la segunda planta. Una vez allí, recorrió un corto pasillo y giró a la izquierda. Abrió la puerta de su habitación, escasamente amueblada: una cama, una mesita sencilla, un escritorio con una silla y un sillón. Sobre la cama había una imagen de la Virgen María, una decoración obligatoria, a la que los numerarios debían saludar —bastaba con un simple movimiento de los ojos— cada vez que entraban o salían.³⁸ Después de saludar a la Virgen, Luis cerró la puerta tras de sí y empezó a cambiarse la ropa de trabajo por algo más cómodo.³⁹ Antes de volver a ponerse los pantalones, se ató un cilicio y ajustó la cadena con pinchos al muslo. Los numerarios debían llevarlo dos horas al día como piadosa costumbre de castigo destinada a mantener el cuerpo en estado de servidumbre y recordarle el sufrimiento de Cristo.⁴⁰ El cilicio a menudo dejaba pequeños agujeros en la carne, lo cual podía resultar embarazoso al bañarse en público y hacía aún más justificable el tener una piscina privada. La mortificación era un principio central del Opus Dei y se fomentaban los actos regulares —por pequeños que fueran— a lo largo del día, ya fuera darse una ducha fría o beber café sin leche. Una vez a la semana, los hombres debían dormir sobre una tabla de madera; las mujeres lo hacían todas las noches porque se las consideraba más sensuales y, por tanto, debían hacer un esfuerzo extra para evitar la tentación. Los sábados, la disciplina suponía una mortificación adicional: un látigo en forma de cuerda que los miembros golpeaban por encima de los hombros contra la espalda mientras entonaban una oración a la Virgen María: «Dios te salve, Reina y Madre». De vez en cuando, dicha práctica dejaba manchas de sangre en la pared.

Después de cambiarse, Luis bajó a la capilla. Treinta minutos de oración por la tarde eran una parte fija del «plan de vida» que debían seguir los miembros, y Luis —aun siendo el ajetreado presidente de un gran banco— no era una excepción. Las normas, como se las conocía internamente, habían sido establecidas por el fundador y eran una parte fundamental de la vida dentro del Opus Dei. A los miembros se les indicaba que las siguieran meticulosamente, además de honrarlas y defenderlas como curso irrefutable del camino que Dios había trazado para ellos.⁴¹ Las normas regulaban la vida

de cada numerario desde la mañana hasta la noche. Todos debían levantarse al amanecer y ofrecer a Dios el primer minuto del día, lo cual hacían arrodillándose, besando el suelo y pronunciando *Serviam* —significado latino de «yo sirvo»— en voz baja. Luego había media hora de oración por la mañana, seguida de una misa en latín y la comunión. Incluso en el trabajo, las normas continuaban. Los numerarios debían recitar la oración del ángelus a mediodía, tomarse un tiempo para la introspección personal y rezar el rosario. Lo ideal era que se abstuvieran de hablar durante tres horas después de comer, aunque en la oficina no siempre era posible. Después del trabajo, había otra media hora de oración, normalmente seguida de estudio religioso, un texto especialmente elegido por el director espiritual, así como algo extraído de la Biblia. Antes de dormir, los miembros se arrodillaban junto a la cama con los brazos extendidos, rezaban tres avemarías y rociaban la cama con agua bendita. A continuación, cada uno de ellos debía guardar un estricto silencio hasta la mañana siguiente. El horario era tan preciso y exigente que se imprimían tarjetas especiales para que los miembros marcaran su cumplimiento a lo largo de un mes, y el director podía revisarlas en cualquier momento. Cada minuto del día parecía estar contado. Cualquier momento libre debía dedicarse a atraer a nuevos socios, cuyos progresos comprobaba periódicamente el director. Los numerarios apenas tenían un momento para pensar por sí mismos.

Las tardes en la residencia eran tranquilas. Los escasos días que llegaba pronto del trabajo, a Luis le gustaba estirar un poco las piernas, y a veces daba un pequeño paseo entre sus obligaciones «familiares». También era un ávido lector, pasión que intentaba compartir con los otros hombres con los que vivía. Aunque estaba prohibido que los numerarios se hicieran regalos, por pequeños que fueran, tenía la costumbre de comprar libros para la residencia y colocarlos en el salón para los demás miembros.⁴² Su benevolencia a veces era motivo de frustración para el director, jefe nominal de la residencia y encargado de hacer cumplir las normas que rigen todos los aspectos de la vida cotidiana.

Muchas tareas del director giraban en torno al mantenimiento del aparato de control sobre los residentes: debía revisar los perió-

dicos cada mañana para censurar cualquier material sensible,⁴³ y llevar registros minuciosos sobre lo que ocurría en la residencia, que se compartían con la sede regional del Opus Dei en Madrid.⁴⁴ Otras tareas tenían más que ver con obsesiones y paranoias particulares del fundador, que, a pesar de llevar muerto casi treinta años, seguían determinando la vida diaria en todas las residencias del Opus Dei en el mundo. El director estaba obligado a cerrar el suministro de gas todas las noches,⁴⁵ a guardar bajo llave los reglamentos internos en su despacho para que no cayeran en malas manos,⁴⁶ y a elaborar informes periódicos para las sedes regionales detallando cuánto se gastaba en comida.⁴⁷ Existía un elaborado sistema para enviar esos informes. No se podía confiar en el correo ordinario, por lo que las comunicaciones con las sedes regionales debían entregarse en mano.⁴⁸ Para las residencias de Madrid, eso no suponía un gran problema, pero los que vivían más lejos tenían que enviar numerarios como mensajeros. Como guiño a la paranoia del fundador en torno a la seguridad de las comunicaciones —y a fin de garantizar que nunca se filtrara nada comprometedor—, las directrices se habían actualizado para especificar que ni el correo electrónico ni el teléfono debían utilizarse para comunicarse con la sede regional.⁴⁹

Con frecuencia, los libros que Luis llevaba a casa ponían al director en una difícil tesitura. Lo que los numerarios podían y no podían leer estaba estrictamente controlado, y se asignaba a todos los títulos una clasificación de entre 1 y 6: 1 determinaba que un libro podía ser leído por cualquiera, y se elevaba a 6 para un libro prohibido a menos que el jefe del Opus Dei hubiera concedido un permiso especial. Gustave Flaubert, James Joyce, Jack Kerouac, Stephen King, Doris Lessing, Karl Marx, Toni Morrison, Harold Pinter, Philip Roth, Bertrand Russell, Gore Vidal y Tennessee Williams eran algunos de los cientos de seises. Un departamento especial en Roma se encargaba de emitir las calificaciones, que se registraban en una enorme base de datos y se distribuían en CD-ROM a todas las residencias del Opus Dei en el mundo.⁵⁰ Desgraciadamente para el director, los títulos que Luis adquiría en la librería eran tan nuevos que Roma aún no había clasificado muchos de ellos, cosa que lo ponía en un brete. De vez en cuando, el director tenía que hacer desaparecer algunos de los libros que Luis llevaba a casa

para no mancillar moralmente a otros miembros. Pero aquel no era el único acto de subversión de Luis. Oficialmente, a los numerarios solo les estaba permitido ver una película al mes, e incluso entonces, esta debía ser aprobada por Roma.⁵¹ Pero Luis veía habitualmente películas en el proyector de su despacho.⁵² Era un secreto a voces y algo que no se habría tolerado entre los demás residentes,⁵³ a quienes se animaba a delatarse unos a otros incluso por las infracciones más leves como un acto afectuoso de «corrección fraternal».⁵⁴

Sin embargo, a Luis no lo ataban en corto. A otros numerarios, sus superiores les habían dicho expresamente que lo dejaran en paz.⁵⁵ Había una buena razón para no contrariarlo. Años atrás, la opresión de la vida diaria en la residencia se había vuelto excesiva, cosa que lo llevó a pasar la mayor parte de la semana viviendo solo en las montañas. Normalmente no se permitía algo así, pero la comisión regional había llegado a la conclusión de que, dada la importancia de Luis para las operaciones financieras del Opus Dei, era más prudente hacer la vista gorda que arriesgarse a enfadarlo y provocar su marcha. Aun así, siete años antes, Luis se había visto obligado a abandonar su independencia cuando la policía dio la voz de alarma por un presunto complot de ETA para secuestrarlo en el refugio de montaña. Desde entonces, Luis había vuelto a la residencia a regañadientes.

En el segundo piso había un cuadro de san Nicolás de Bari. Nacido en el seno de una rica familia griega en el siglo III, cuentan que obró muchos milagros: calmó una tormenta en el mar, salvó a unos soldados de una ejecución injusta y destruyó un árbol poseído por un demonio. Pero quizá sea más conocido por haber salvado la virtud de tres hermanas, cuyo padre, antaño devoto, había malgastado el dinero de su dote tras sucumbir a las tentaciones del mal y, a consecuencia de ello, se enfrentaban a una vida de prostitución casi segura. Una noche, san Nicolás, al tanto de la situación, arrojó por la ventana de la familia una bolsa con monedas de oro, que el padre utilizó como dote para casar a su hija mayor. Luego, el santo repitió ese generoso acto con las otras dos hermanas. Al tercer intento, el padre lo sorprendió, pero había jurado guardar el secreto. Con el paso de los años, la historia se convirtió en parte del folclore, y san Nicolás pasó a ser más conocido como Santa Claus. Dentro del Opus Dei, también se había

convertido en una figura venerada. Desde el principio, su fundador, Josemaría Escrivá, había pedido a Nicolás su intercesión en las necesidades económicas del movimiento y había estipulado claramente que en cada residencia colgara un retrato del santo.⁵⁶ Además, Nicolás tenía un significado particular en la residencia de Mirasierra. Cuando era joven, don Luis, que al igual que el santo de Bari había nacido en una familia rica, se había comprometido a liberar al fundador de cualquier preocupación económica.⁵⁷ Tuvo tanto éxito en su empeño que Escrivá se refería jocosamente a Luis como «mi san Nicolás».⁵⁸ Es evidente que el fundador del Opus Dei no consideraba irónico que las bolsas de monedas de oro que generaba aquel san Nicolás moderno se utilizaran para someter a mujeres jóvenes a una vida de servidumbre en lugar de liberarlas. Al propio Luis le gustaba regodearse en ese apodo pasando sus pocas semanas libres del verano visitando santuarios de toda España que estaban dedicados al santo de Bari.⁵⁹

Hacia las nueve de la noche, los hombres se reunían en el comedor para una cena sencilla preparada por las mujeres que vivían al lado. Mientras comían, comentaban pequeñas anécdotas del día, aunque Luis apenas hablaba de su trabajo en el banco. Ciertos temas estaban estrictamente prohibidos: los numerarios no podían hablar bajo ninguna circunstancia de la gestión del Opus Dei.⁶⁰ Esa regla era otra forma de asegurar la disciplina del grupo, de impedir debates abiertos sobre las meticulosas normas que regían cada aspecto de su existencia común y de evitar que se formara cualquier disensión colectiva entre los residentes. Se suponía que el director era la única persona que sabía cómo funcionaba realmente la maquinaria de gobierno del Opus Dei. Pero en la residencia de Mirasierra, las cosas eran distintas. Dada su importancia dentro del movimiento, Luis a menudo sabía más que el director y viajaba con frecuencia a Roma para reunirse con los miembros del consejo general.

Gran parte de la conversación durante la cena —y después, en el salón— giraba en torno al reclutamiento de nuevos miembros. Se esperaba que todos los numerarios estuvieran preparando constantemente a nuevos reclutas para unirse a las filas. Cada uno de ellos debía estar trabajando de manera activa en unos quince can-

didatos, y cada noche, alrededor de la mesa, se ponían al día sobre lo cerca que estaba cada uno de esos jóvenes de «silbar», la jerga interna para solicitar la incorporación al Opus Dei. A diferencia de la Iglesia católica, que estaba abierta a todo el mundo, la Obra era muy exigente con sus miembros. Era importante que los futuros miembros proyectaran la imagen correcta, no necesariamente de piedad o devoción, sino de éxito mundano. A los numerarios les daban instrucciones específicas para que se mantuvieran alejados de cualquier persona de carácter nervioso, incluyendo, curiosamente, a cualquiera con un historial de sonambulismo.⁶¹ También se les advertía que tuvieran cuidado con quien pudiera experimentar dificultades físicas para vivir como parte de una «familia».⁶² Eso significaba evitar a cualquier persona con una discapacidad evidente, y se hacía eco de los comentarios hechos años antes por el líder del Opus Dei en una reunión en Italia, durante la cual había dicho que el 90 % de los niños discapacitados nacían de padres que no habían mantenido sus cuerpos «limpios» antes del matrimonio.⁶³ Los reconocimientos médicos eran preferibles antes de admitir formalmente a un candidato; de ese modo, el Opus Dei podía estar seguro de que nadie se convertiría en una carga económica.⁶⁴ También se les aconsejaba que no eligieran a personas con malas notas,⁶⁵ ni a nadie que fuera ilegítimo.⁶⁶ A los numerarios les decían que los niños podían convertirse en «aspirantes» a partir de los catorce años y medio, y les recordaban que no era obligatorio consultar previamente a sus padres.⁶⁷ Esos asuntos debían ser remitidos a la comisión regional para su asesoramiento.⁶⁸ A Luis, por su parte, le gustaba visitar una residencia universitaria cercana, donde solía dar a los jóvenes una lección de etiqueta mientras pelaba una naranja con una cuchara.⁶⁹ No está claro cuántos nuevos reclutas consiguió de esa manera, aunque, dado el impacto que tuvo su trabajo en el banco en las campañas de reclutamiento del Opus Dei en todo el mundo, no lo presionaban demasiado para que obtuviese resultados.

Tras la cena y la tertulia en el salón, llegaba el momento del último ritual comunitario del día: el rezo de las preces, un conjunto de oraciones escritas en latín que había ideado el fundador y que eran específicas del Opus Dei. Una vez más, los hombres bajaban a

la capilla, tomaban posiciones en los bancos y se arrodillaban al unísono.

—*Ad Sanctum Iosephmariam Conditorem nostrum* —cantaba el sacerdote.

A San Josemaría, nuestro fundador.

—*Intercede pro filiis tuis ut, fideles spiritui Operis Dei, laborem sanctificemus et animas Christo lucrificare quæramus* —coreaban al unísono los numerarios arrodillados.

Intercede por tus hijos para que, fieles al espíritu del Opus Dei, santifiquemos nuestro trabajo y tratemos de ganar almas para Cristo.

Después de las oraciones por el papa y el obispo local, los numerarios entonaban una oración cuyo claro propósito era subrayar la importancia de la unidad —y la obediencia— dentro del grupo.

—Todo reino dividido contra sí mismo será asolado —cantaba el sacerdote.

—Y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma permanecerá en pie —respondían los hombres.

—Recemos por nuestros benefactores —continuaba.

—Concede la vida eterna, Señor, a todos los que nos hacen el bien a causa de tu nombre —cantaban en respuesta los numerarios arrodillados—. Amén.

La oración, en la que se pedía por la vida eterna de los bienhechores del Opus Dei, era particularmente conmovedora para el presidente del Banco Popular. Desde el punto de vista económico, Luis era el mayor benefactor de la historia del movimiento: había sido la fuente de su estabilidad financiera durante casi cinco décadas. Su derecho a la vida eterna era notable. Pero no estaba nada claro si el sistema que había creado, la red oculta de empresas que cada año generaban millones para el Opus Dei, duraría más que él en la tierra. Mientras se arrodillaba en aquella cálida tarde de junio, Luis debió de saber que su tiempo —al menos en el banco, y posiblemente en este mundo— estaba tocando a su fin.

—*Pax* —cantó el sacerdote, situado al frente.

—*In aeternum* —respondieron.

A 6.500 kilómetros de distancia, en Washington D. C., otra destacada figura del Opus Dei también había desaparecido misteriosa-

mente del ojo público. Charles John McCloskey III era un sacerdote de cincuenta años que se había criado en Falls Church, Virginia, una pequeña ciudad a las afueras de la capital estadounidense. De rostro juvenil, ojos azules penetrantes, cejas negras pobladas y pelo prematuramente gris peinado hacia un lado, el padre C. John —como lo conocía todo el mundo— era una figura popular entre la élite católica de la ciudad. Como sacerdote sin parroquia, vivía en una residencia para numerarios del Opus Dei en Kalorama Heights, un barrio acomodado en el que se alojaban diplomáticos y personas influyentes.⁷⁰ Wyoming House era una mansión de cuatro plantas construida en los años veinte, con doce dormitorios y diez cuartos de baño,⁷¹ y contaba entre sus vecinos con las embajadas de Tailandia y Yemen.⁷² La propiedad había sido adquirida un par de años antes mediante una donación de varios millones de dólares procedente de una fuente no revelada.

Sus condiciones de vida no eran el único aspecto poco convencional de la existencia sacerdotal del padre McCloskey. Había empezado en Wall Street, donde trabajó para Merrill Lynch como operador durante el auge y caída del mercado de valores a finales de la década de 1970. Se pasaba el día llamando a clientes potenciales y perfeccionando las tácticas de venta agresiva que más tarde lo convertirían en uno de los reclutadores más eficaces del Opus Dei.

Profundamente religioso, McCloskey se había unido a la Obra de joven, y al principio había intentado —como la mayoría de sus miembros— servir a Dios como laico con un trabajo normal, en su caso en Wall Street. Sin embargo, abandonó repentinamente su puesto en el verano de 1978, tras recibir una carta de Álvaro del Portillo —que había sido nombrado presidente general del Opus Dei tras la muerte del fundador unos tres años antes—, en la que afirmaba que el movimiento necesitaba que se hiciera sacerdote. Tales pronunciamientos de Roma no eran inusuales para miembros numerarios como McCloskey, que con frecuencia se veían obligados a cambiar súbitamente de ciudad o abandonar su carrera profesional para satisfacer las últimas necesidades del movimiento. Así era una vida de obediencia.

Primero fue a Roma, donde llegó a una ciudad que aún lloraba la inesperada muerte de Juan Pablo I, fallecido a los 33 días de su pa-

pado. Su funeral se celebró un par de días después de la llegada del estadounidense.⁷³ A continuación se trasladó a Pamplona, sede de una universidad del Opus Dei financiada por Luis Valls-Taberner y el Banco Popular, y principal lugar de formación de los sacerdotes afiliados al movimiento. 'Trató de racionalizar el abandono de su carrera en términos seudoeconómicos. «No huía del malvado mundo de Wall Street [...] sino que cambié de ocupación profesional para servir de otra manera —explicaba—.»⁷⁴ Supongo que también podría decirse que, en el sacerdocio, me estaba dedicando a vender un producto mejor, en el que los beneficios son infinitos.»⁷⁵

Tres años después, McCloskey fue ordenado sacerdote en una ceremonia en Torreciudad, un gran santuario del Opus Dei en Secastilla (Huesca), a la que asistieron sus padres y una tía y un tío que habían llegado desde Falls Church.⁷⁶ A continuación, los cinco viajaron en coche las seis horas que mediaban hasta Madrid, donde visitaron la sede española del Opus Dei, situada pocas manzanas al norte del Banco Popular. Tras regresar a Estados Unidos, McCloskey se instaló en una residencia de numerarios en el Upper West Side de Nueva York antes de trasladarse a Princeton en 1985 para ejercer de capellán universitario. Allí no tardó en labrarse una reputación de defensor a ultranza de los valores católicos tradicionales: un sacerdote conservador y fiel a las normas que exponía opiniones controvertidas sobre la anticoncepción, el aborto y la homosexualidad con la fanfarronería característica de Wall Street.

«Un católico liberal es un oxímoron», explicaba a los estudiantes, a la vez que les aconsejaba qué clases tomar y cuáles evitar, basándose en su propia evaluación de la perspectiva teológica del profesor que impartía el curso, así como de la coincidencia de sus puntos de vista con los suyos propios y los del Opus Dei.⁷⁷ McCloskey era consciente de la ardua batalla a la que se enfrentaba en un campus de la Ivy League, donde a los estudiantes les interesaba más escuchar a Madonna o AC/DC que la palabra de Dios. Cuando hablaba con otros sacerdotes que habían sido destinados a África o Asia, se refería jocosamente a su capellanía como «el territorio pagano más exótico para una misión».⁷⁸

No siempre fue tan frívolo respecto de sus dificultades para conectar con los estudiantes, a los que describía con resentimiento

como un «grupo enrarecido de personas» criadas por «familias pequeñas marcadas por el egoísmo anticonceptivo».⁷⁹ En ocasiones, su visión de la población de Princeton adquiriría tintes sombríos. «Los valores de la élite laica universitaria son radicalmente anticristianos —advertía—. Son los precursores de la cultura de la muerte. Crean la cultura de la muerte. Aquí es donde se plantan las semillas. Basta con ver el ambiente que se respira: hedonista, naturalista y laicista.»⁸⁰ Como cabría esperar, su agresividad y sus modales molestaban a muchos en el campus. Un grupo de estudiantes empezó a reunirse periódicamente para pedir su despido.⁸¹ Durante cinco controvertidos años, McCloskey resistió. La gota que colmó el vaso fue una disputa pública con una cómica por su número sobre sexo seguro y feminismo. En 1990, McCloskey sería expulsado finalmente.⁸² Aunque no fue muy lejos: se mudó a una residencia de numerarios situada en la calle Mercer, a diez minutos a pie del campus principal, que acababa de ser adquirida por el Opus Dei después de que su anterior propietaria —una anciana— apareciera asesinada en el sótano.⁸³ Desde allí, continuó con su capellanía no oficial.

En 1998, McCloskey recibió una llamada telefónica de sus superiores del Opus Dei que anunciaría su gran oportunidad.⁸⁴ A la prelatura se le había confiado recientemente una librería pequeña y poco concurrida y una capilla contigua en el centro de Washington D. C. Pero el sacerdote enviado a dirigirla había caído enfermo y necesitaban un sustituto. A pesar de su fama de incendiario, o tal vez gracias a ella, McCloskey fue elegido para el puesto. A principios del año siguiente, a la edad de cuarenta y cuatro años, se trasladó a la capital estadounidense para convertirse en director del Centro de Información Católica (CIC), decidido a transformarlo en un vibrante espacio espiritual, intelectual y político muy distinto del lugar somnoliento y en gran medida irrelevante que era en aquel momento.

McCloskey no tardó en dejar su impronta y convirtió al catolicismo —concretamente a la interpretación ultraconservadora del Opus Dei— a numerosas personalidades de Washington. Durante sus primeros años en la capital, McCloskey fue responsable de la conversión de Newt Gingrich, presidente de la Cámara de Repre-

sentantes, de Robert Bork, candidato al Tribunal Supremo, y de varios congresistas y de expertos políticos de alto nivel como Robert Novak y Larry Kudlow.⁸⁵ Pronto, los fieles acudían en tropel a la misa de mediodía en el CIC, que estaba convirtiéndose rápidamente en un quién es quién de la élite católica de Washington. En el centro de todo estaba McCloskey, que oficiaba las misas, confesaba y dirigía espiritualmente a su rebaño, al que animaba a seguir su «Plan de lectura católica para toda la vida». El centenar de libros de la lista —que incluía títulos de Dante, J. R. R. Tolkien y el fundador del Opus Dei— podían encontrarse en la librería del Centro de Información Católica.

Los devotos no eran lo único que afluyó durante aquellos años; al poco, también empezó a llegar el dinero. Además de políticos de peso, McCloskey convirtió a varios grandes nombres del mundo de los negocios, entre ellos el directivo editorial conservador Alfred Regnery, Lewis Lehrman, financiero y excandidato a la alcaldía de Nueva York, y Mark Belnick, asesor jurídico de Tyco International. Rebosante de dinero, McCloskey trasladó el Centro de Información Católica a un local más grande situado en la calle 15.^a⁸⁶

En muy poco tiempo, el CIC volvió a quedarse pequeño, y en abril de 2002 se trasladó a un local más espacioso en la calle K, ubicándose así en el corazón del amplio sector de grupos de presión que intentaban influir en senadores y congresistas. El traslado coincidió con un enorme escándalo en la Iglesia católica. Todo empezó con una serie de artículos de *The Boston Globe* que sacaron a la luz abusos sexuales a menores durante varias décadas e implicaban a cinco sacerdotes de la ciudad. La noticia causó indignación y el procesamiento de los cinco implicados. Pero el escándalo no se detuvo ahí: en los meses siguientes aparecieron más víctimas. El equipo Spotlight del *Globe* continuó con su investigación y descubrió una gran cortina de humo que tenía su origen en la cúpula de la archidiócesis: el propio cardenal se vio implicado y dimitió. Finalmente, más de quinientas víctimas presentaron demandas contra 150 sacerdotes.

McCloskey, que nunca rehuía de polémicas, vio la oportunidad y pronto se convirtió en el clérigo al que acudían los periodistas que querían «equilibrar» el debate, los que buscaban a alguien que de-

fendiera a la Iglesia. Al poco, sería un habitual de la cobertura televisiva sobre el escándalo de abusos sexuales de Boston, y apareció en el espacio *Nightly News* de NBC, en la CNN, en la MSNBC y en programas como *Crossfire*, *Dateline* y *Meet the Press*. Era una estrategia arriesgada que podría haber resultado contraproducente, pero su defensa de la Iglesia ante la creciente reacción pública solo pareció elevarlo dentro de la camarilla conservadora católica. Muchos consideraban que su estilo descarado y combativo era necesario desde hacía tiempo en la batalla contra el liberalismo que se libraba en la sociedad en general y dentro de la Iglesia, con el Opus Dei en el extremo derecho de esa lucha. Para sus partidarios, McCloskey personificaba el despertar de la misión evangelizadora original de la Iglesia, que ganaría millones de nuevos conversos y devolvería al catolicismo sus raíces tradicionalistas. «La ironía es deliciosa —decía McCloskey sobre los católicos liberales que apoyaban el derecho al aborto o las uniones civiles de homosexuales—. Ese tipo de gente, esos supuestos católicos, no estarán ahí dentro de veinte o treinta años.»⁸⁷

Por eso fue una gran conmoción cuando, en la cúspide de su fama, McCloskey desapareció repentinamente de Washington a finales de 2003. Ya no celebraba misa ni se confesaba, ni acudía al Centro de Información Católica, el vibrante espacio espiritual e intelectual que había transformado casi sin ayuda de nadie. Al principio, muchos atribuyeron su ausencia a posibles problemas de salud: McCloskey tenía una difícil relación con el alcohol que se remontaba a sus días en Princeton. Pero luego la gente empezó a sospechar que había algo más. ¿Quizá el Opus Dei, conocido por su secretismo y discreción, se había cansado de su descaro? ¿Tal vez la sede central de Roma había visto el cariz que estaba tomando el escándalo de abusos sexuales en Boston y había llegado a la conclusión de que la defensa que hacía McCloskey de los sacerdotes acusados era un lastre?

Esas teorías eran erróneas. En realidad, McCloskey había huido discretamente del país tras las acusaciones que pesaban sobre él por agresión sexual. Una feligresa lo había denunciado por primera vez hacía más de un año. La víctima, una mujer de cuarenta años y miembro del Opus Dei, había acudido al padre C. John en busca de

ayuda para sus problemas conyugales. Él le ofreció consejo en su despacho del CIC. Pero, en varias ocasiones, durante y después de esas sesiones, la agredió sexualmente, poniéndole las manos en las caderas, apretándose contra ella, besándole el pelo y acariciándola.⁸⁸ «[El padre] irradiaba santidad, bondad, afecto y carisma —afirma—. Me convenció de que necesitaba que me abrazaran, y por supuesto que lo necesitaba, pero necesitaba que me abrazara mi marido, no él.»⁸⁹ También le hizo preguntas detalladas sobre su vida sexual con su marido, y a veces le olía el aliento a alcohol.

La víctima recordaba que pensó: «¿Estoy loca? Esto no puede estar pasando. Él sabía qué botones apretar y luego simplemente me dejó ir y fue con su sotana hasta el escritorio y preguntó: “¿Cuándo le gustaría concertar la próxima cita?”». Después de una agresión, ella expresó vergüenza y culpabilidad por lo ocurrido durante una confesión posterior con McCloskey, y él la absolvió de sus pecados sin reconocer los suyos. Durante ese tiempo, siguió concediendo entrevistas defendiendo a sacerdotes acusados de agresión sexual y apelando a que se respetara su intimidad. Finalmente, la víctima acudió a otro sacerdote del Opus Dei, que le dijo que no se lo contara a nadie y que él «lo solventaría».⁹⁰

Durante más de un año después de que la mujer denunciara por primera vez las agresiones al sacerdote del Opus Dei en Virginia, no pareció ocurrir gran cosa.⁹¹ McCloskey continuó su trabajo en el Centro de Información Católica. «Amo al Opus Dei —dijo la mujer de la que abusó—, pero me vi atrapada en ese encubrimiento. Fui a confesarme pensando que había hecho algo para tentar a ese hombre santo a cruzar los límites.»⁹² Sin embargo, cuando otro sacerdote la animó a emprender acciones legales contra McCloskey, la Obra se vio repentinamente sacudida.⁹³ Temiendo lo peor para el padre C. John y para la propia organización, McCloskey fue trasladado a Londres, donde se organizó todo para protegerlo en una residencia opusdeísta en los frondosos suburbios de Hampstead. McCloskey tenía una tapadera para todo el que preguntara: decía que estaba de año sabático y que había viajado a Europa a escribir un nuevo libro sobre evangelización, aunque nunca se lo comunicó a su rebaño de Washington.⁹⁴

En realidad, el Opus Dei estaba muy interesado en mantener en secreto cualquier noticia sobre la desaparición de McCloskey.

Las acusaciones contra su sacerdote más conocido no podían llegar en peor momento. La denuncia inicial se había producido pocas semanas después de la canonización de su fundador. Era un momento de madurez para el Opus Dei, un sello de aprobación del Vaticano, una legitimación de la santidad del movimiento y de su fundador, que a partir de entonces sería conocido como san Josemaría. La canonización prometía dar al Opus Dei, que ya contaba con unos noventa mil miembros en todo el mundo, un impulso real, sobre todo en Estados Unidos, un país largamente codiciado por el recién consagrado fundador. Después de cinco décadas intentando —sin éxito— ganar influencia en Estados Unidos, la Obra, a través del padre McCloskey, había irrumpido por fin en los pasillos del poder. Justo antes de que salieran a la luz las acusaciones, McCloskey se jactaba en *The New York Times* de la creciente importancia del movimiento en Estados Unidos: «Cada vez se ve como algo más normal —aseguraba—. El Opus Dei tiene un don para tratar con gente influyente».⁹⁵

Sus avances en el país no se limitaban a Washington. En Nueva York, la Obra acababa de inaugurar una nueva sede nacional, un edificio de ladrillo y piedra caliza con diecisiete plantas en la esquina de Lexington con la calle 34.^a y que, con un coste de setenta millones de dólares, simbolizaba sus ambiciones para Estados Unidos.⁹⁶ En todo el país se habían creado un centenar de organizaciones sin ánimo de lucro que poseían cientos de millones de dólares en activos: plataformas de lanzamiento regionales para que el movimiento reclutara más almas para su misión y soldados en la lucha por condicionar el debate público en torno al aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo y la oración en las escuelas.

Las acusaciones contra McCloskey ponían todo eso en peligro. Precisamente en el momento en que el Opus Dei había alcanzado la cima de su poder —político, económico y eclesiástico—, se había visto afectado por sendas crisis en Washington y Madrid que amenazaban los cimientos sobre los que se había construido esa influencia. En España, el movimiento se enfrentaba a la lucha por asegurar la red financiera que había impulsado su crecimiento global durante cincuenta años y que se había utilizado para asegurar su influencia en la escena política y en el Vaticano. En Washington, se enfrenta-

ba a la batalla por mantener su presencia en los pasillos del poder, su influencia en la configuración de la legislación y su posición en la guerra que se avecinaba contra la élite liberal. Entonces cayó otra bomba: en Francia, un magistrado ordenó una redada en la sede del Opus Dei en París relacionada con una investigación en curso sobre la posible esclavitud de mujeres jóvenes que habían sido reclutadas para cocinar y limpiar para miembros numerarios en viviendas dirigidas por el movimiento.⁹⁷

El legado de san Josemaría pendía de un hilo.